

Las cerezas del café

Miren Azurmendi



Capítulo 1

"Es necesario"

Es necesario

revertir el hechizo.

Ese,

que borra a las mujeres

de los libros de historia,

de las esferas de poder,

de las antologías.

Ese,

que las encierra

entre cuatro paredes,

con solo

colocarles un anillo.

Guisela López

Sofía sentía su presencia a sus espaldas. Volvía a casa tras una tarde de amigas por aquella calle angosta y oscura, tan solo se oía el maullido de un gato a lo lejos. Sin embargo, eran sus pisadas y las de su perseguidor los únicos testigos de aquel instante que la perturbaban invadiendo a la fuerza todo su ser. La calzada estaba mojada reflejándose en ella las luces de las farolas. Deseaba caminar más rápido pero sus pies no podían satisfacer los anhelos de su angustia. Todo con tal de llegar de una vez a casa. No pudo evitar mirar de soslayo detrás de sí en un acto involuntario. Intuyó la silueta de un varón, alto y vestido de pies a cabeza de negro. Cruzaba las mismas calles que ella y tuvo la certeza de que la estaba siguiendo, su angustia no hizo sino aumentar.

A lo lejos reconoció el coche de Álvaro, su vecino. Una irrefrenable necesidad de correr se apoderó de ella. Sofía salió corriendo al encuentro de Álvaro que no tardó en percatarse de que algo extraño sucedía. Una

vez en casa contemplaba todo a su alrededor y se reconocía en cada rincón de aquella vieja casona, aún con el susto en el cuerpo creyó ver la cara del joven que la había molestado. Sus penetrantes ojos y el águila de su cuello acudieron repentinamente a su memoria en un nuevo acto que la incomodaba sobremanera.

El viento golpeaba las persianas, Tatxin salió como alma que lleva el diablo, asustado. Le resultó tan súbito que volvió a estremecerse. Cualquier pequeño contratiempo era suficiente para alimentar el estado de excitación de Sofía. No era dada a las estridencias pero lo sucedido aquella noche no le permitía pensar con claridad, los nervios estaban a flor de piel. Le llamaban al móvil y eran las 2.30 de la madrugada. Se asustó. Cuando se decidió a descolgarlo cesó la llamada, "¿quién será a estas horas?", pensó para sí. No reconocía el número, no lo tenía en la agenda.

Debía acostarse pero estaba demasiado sobresaltada como para conciliar el sueño. Decidió tomar a Tatxin en brazos. Su mirada dulce y su tacto acolchado siempre le resultaban efectivos cuando pretendía relajarse. ¡Qué haría sin su Tatxin! Sus bigotes le provocaban cosquillas mientras que su mirada, tierna y atenta, le causaba hilaridad. Ciertamente era un gato bello y cariñoso que se hacía querer. Una vez más, consiguió el efecto deseado. Ya más serena le dedicó una última caricia y se fue a dormir.

Eran las 6.30 de la mañana y su móvil volvió a sonar, llegó a despertar a Sofía aunque era incapaz de levantarse para cogerlo. Al cabo de unos segundos escuchó el bip que anunciaba la entrada de un nuevo mensaje. "Mejor, ha dejado mensaje, luego lo escucho" pensó mientras se acomodaba en la cama. Sin embargo, su pretensión cayó en saco roto. Siempre le sucedía lo mismo, por más que se esforzara por mantenerse calmada una idea inoportuna y persistente la asaltaba hasta obligarla a levantarse.

Cogió su móvil y escuchó el mensaje de voz que le habían dejado. Era Masha, una de sus amigas íntimas con las había compartido risas y cervezas la tarde anterior. "No te lo vas a creer, nada más marcharte vino Hugo y preguntó por ti. Deberías llamarle, yo creo que quiere tema". No pudo evitar sonreír tras escucharlo, aquel chico le gustaba pero no se atrevía a dar el primer paso. Apenas lo conocía, habían mantenido un par de breves conversaciones y le asustaba saber qué pensaba sobre ella. Al fin y al cabo, nunca fue la alegría de la fiesta, nunca había destacado por su desparpajo en las relaciones con iguales.

A sus 40 años se había cerrado al amor. Temía enamorarse y sufrir, antes o después la llama se apagaba y la decepción acababa por imponerse. Por suerte, la pequeña Daniela era la inspiración en sus días más oscuros, el impulso tractor de su existencia. Su primer amor la marcó. Dejarlo fue

una de las decisiones más duras que tuvo que encarar. Después de 14 años decidió cesar aquella relación que aunque tierna y sincera no la estimulaba. En su foro interno era consciente de que a pesar de quererlo nunca estuvo enamorada de él. Desde el primer momento, desde aquella tarde de verano en la que él la invitó a una cerveza, se dejó querer.

No podía negar que siempre la trató como a una reina, pero para Sofía aquello no era todo lo que esperaba del amor. Fue egoísta, sí, y se sentía culpable por todo el dolor que causó a Santiago, sabía que él la había querido como nadie la volvería a querer. Era un hombre de firmes convicciones, muy estricto y hermético en sus rutinas. La seguía queriendo y, de hecho, mantenían una cordial relación de amistad. Cada cierto tiempo quedaban para tomar unas cervezas o un café mientras se ponían al día de las novedades en sus vidas. Él se mantenía soltero con la esperanza de que algún día volverían a estar juntos.

Su segunda relación tuvo lugar con el padre de Daniela e igualmente fue ella la autora de la ruptura. Álvaro era esquivo y altivo. Al cabo de 7 años, la joven se cansó de financiar sus deudas y de escuchar sus reproches. La separación no fue precisamente un camino de rosas, ya que el cuidado de Daniela les obligaba a permanecer en contacto, algo con lo que ninguno de ellos disfrutaba. No obstante, era Sofía la principal garante del bienestar de la pequeña, que por cierto no preguntaba por su padre en demasía. Era una niña muy graciosa y despierta. A sus 4 años atesoraba un curtido y particular bagaje vital. En ocasiones, sorprendía a su madre con sus curiosas, pero no por ello, menos ciertas ocurrencias.

Desde aquello, su vida como madre soltera constituía toda una liberación para ella, su hija, la escritura, la magia wiccana y Tatxin constituían su tabla de salvación, con permiso del café, la cerveza de trigo, las reuniones de chicas y el chocolate negro. Se sentía en armonía consigo misma, sin necesidad de demostrarse nada y satisfecha con el camino recorrido. Más bien, satisfecha por cómo lo había abordado. Pretendía ser una saludable referencia para su hija y creía que hasta el momento lo estaba haciendo bien, habida cuenta de las escasas ayudas con las que había contado.

Eran las 10.30 y debía entregar un trabajo antes de las 14.00. Se preparó un café y se dispuso a trabajar con el portátil. Era redactora y colaboraba con varios blogs. Le llevó varios años dar con su verdadera vocación. Tras probar suerte y descubrir sus fortalezas con trabajos tan dispares como la administración o la televenta era evidente que escribir para el mejor postor era lo que le llenaba. Era jueves y como todas las semanas debía acudir a las tertulias sobre hechicería del Oráculo del brujo.

Le apasionaban las ciencias ocultas y siempre se mantuvo instruida en cuestiones de espiritismo, numerología y brujería. Probablemente, influida por su madre que siempre se la llevaba a los congresos de ocultismo que se organizaban en Madrid, la cercanía a estas cuestiones surtió su efecto

en ella desarrollando una intensa atracción por la adivinación de las enseñanzas que aguarda la Madre Naturaleza.

Había conocido a Jone y Masha en estas tertulias y desde el primer momento congeniaron a la perfección. Su afición por la magia Wicca les había conducido a una amistad a prueba de traiciones y malos entendidos. De hecho, para cada una de ellas aquella amistad representaba un tesoro con un poder incalculable, de cuyas consecuencias serían conocedoras más adelante. Su innata curiosidad y su afán de superación la llevaron a formarse concienzudamente en las disciplinas neopaganas y a especializarse en la magia Wicca Diana, en la que tras una ardua transmisión de linaje ostentaba la categoría de sacerdotisa.

Jone conocía de primera mano los tira y afloja de Sofía con su madre. Era hija única y desde que se emancipó su madre se mostraba distante con ella. Siempre habían sido confidentes, pero llegados a la treintena la joven necesitaba poner distancia para escapar del proteccionismo de su progenitora. De un día para otro encontró un pisito en alquiler y se marchó sin dar explicaciones. Desde entonces parecían no estar dispuestas a resolver sus rencillas y ambas se evitaban. La corrección que guiaba todas las muestras públicas de su madre no hacía sino enfurecer a la joven.

Desde su etnocentrismo no podía comprender la frialdad con la que se comportaba su madre. Dado que en todo momento había sido una hija ejemplar y que, tal y como no dudaba en confesar su madre, ella era la razón de su vida y lo mejor que había hecho, no podía digerir la pasividad con la que esta se comportaba cuando le mostraba sus preocupaciones. Eran contadas las ocasiones en las que se encontraban, pero no podía negar lo evidente, necesitaba recurrir a su madre para desahogarse y congraciarse consigo misma.

Siempre le habían inculcado la necesidad de obrar de acuerdo con lo conveniente y lo esperado por los demás, a no sembrar tempestades y a asumir los acontecimientos con estoicismo. Por tanto, actuar como una buena hija contribuía a relajar sus instintos de rebeldía.

Un nuevo hallazgo del cadáver de una joven a las orillas del río irrumpió en la actualidad informativa de aquel lunes. A pocos sorprendía ya aquella oleada de asesinatos, violaciones y desapariciones que tenía a las mujeres, de todas las edades y culturas, como protagonistas involuntarias. Eran escasos los días en los que no se produjera una nueva paliza, vejación pública o abuso a una mujer.

La madre de Daniela disfrutaba de los largos paseos en la naturaleza, tenía el privilegio de vivir en una zona prolija en zonas verdes. Curiosamente, el mobiliario urbano se intercalaba con las ovejas y los parques, los patos y las ardillas. No obstante, no eran tiempos seguros

para transitar sola por la vida siendo mujer, no podía negar un cierto miedo habida cuenta del sobresalto que le supuso la última noche de chicas. No obstante, fue un plácido paseo, logró disfrutar del paisaje y desconectar su mente de las mundanas preocupaciones.

Aquella noche descansó como hacía tiempo no hacía, alcanzó un profundo estado de relajación y su subconsciente campaba a sus anchas. Tuvo una revelación, una bella dama se le apareció en sueños llamándola por su nombre, era la Diosa Madre que le encomendaba una misión, debía poner fin a aquella masacre. El orden de cosas estaba peligrosamente alterado, el poder regenerador de la Mujer había sido dañado sin piedad y Sofía era la indicada por su conocimiento y carácter para reunir a las mujeres empleando las fuerzas de la naturaleza, que estaban de su lado. El orden de cosas debía ser restablecido cuanto antes por el bien de todos.

Sofía se sentía plena al despertar, le costó varios minutos cerciorarse de lo que había soñado, pese a la enorme responsabilidad que pesaba sobre sus espaldas era consciente de lo excepcional de aquel encargo. Deseaba con todas sus fuerzas contentar a la Diosa Madre, su sentido de la responsabilidad fue interpelado una vez más.

Jone se hallaba en el último ensayo de su función antes del estreno. Aquel viernes todos podrían vibrar con la representación de la versión deconstruida del Lago de los cisnes. En sus 15 años de trayectoria como bailarina de ballet no recordaba haber sentido una emoción similar. No en vano, constituía su estreno como protagonista indiscutible de la pieza, con más minutos sobre el escenario que ninguno de sus compañeros. Se hallaba en la ducha cuando le pareció que recibía una llamada en el móvil. Era Sofía, necesitaba hablar con ella para transmitirle todo lo que había planeado. Debían aprovechar el próximo esbats para Bajar la Luna y concitar su fuerza purificadora.

Masha había terminado su jornada laboral en el refugio de animales abandonados que ella misma había creado y se dirigía al Oráculo del brujo al encuentro con Sofía. Siempre le había fascinado su sabiduría y su determinación. Por ello, seguía estudiando para llegar a convertirse, algún día, en sacerdotisa wiccana. La perspectiva de que Sofía fuera la Sumo Sacerdotisa que le transmitiera el linaje llenaba de orgullo a Masha, las lágrimas inundaban sus ojos con solo pensarlo. Un escalofrío recorrió su espalda al recordarlo y comprendió lo afortunada que era por conocer a Sofía y la wicca.

Eran las 16.30 y las tres jóvenes se hallaban en su cafetería predilecta, el Oráculo del brujo, un lugar que a buen seguro había sido testigo de todos sus anhelos y revelaciones más íntimas. El rostro de Sofía revelaba lo grandioso de la tarea que se traía entre manos. "Chicas, os he citado

porque tengo algo que contaros, algo que no me deja vivir.

Anoche tuve un sueño revelador, la Diosa Madre confía en nosotras para restablecer el orden y vengar las muertes de nuestras congéneres. Por tanto, os convoco al próximo aquelarre para Bajar la Luna y conjurar las fuerzas de nuestros dioses y regenerar así las almas de los varones. Es necesario que acudáis todas, hay mucho en juego. ¿Qué decís?". Las tres se miraban entre sí sabedoras de que el momento que siempre habían esperado estaba cercano. Su sabiduría wiccana era al fin decisiva para restaurar la convivencia entre hombres y mujeres. Se sentían orgullosas de lo que habían aprendido y deseaban ponerlo en práctica. Podrían dar una lección al mundo. Pese a lo que muchos creían abducidos por viejas historias las brujas existían y perseguían un fin loable.

Masha se ofreció para hacer acopio de las velas, ingredientes y amuletos que precisarían para el esbats, este coincidía con una de las 13 lunas llenas del año y, por ello, resultaba de suma importancia acudir al coven e invocar a las energías latentes. No dudó en visitar a Rosalía, su tienda era legendaria y, de hecho, había sobrevivido a todo tipo de boicots y perrerías en sus 75 años de existencia. La regentaba una adorable anciana, muy querida por su cercanía y talante conciliador. Pese a los numerosos agravios que tuvo que afrontar desde los 11 años de edad a los que comenzó a despachar, nunca profirió malas palabras ni se encaró con sus asaltantes.

De camino a casa le apeteció acercarse al refugio, echaba de menos el bullicio al que le tenían acostumbrada los perros cada vez que la recibían en su particular y afectuoso saludo. Un gato de raza nebelung, al que bautizó como Emperador, era su favorito. Sus ojos amarillos la hipnotizan, a él también le caía especialmente bien Masha, ya que siempre que la veía salía a su encuentro y parecía querer hablar con ella. Arregló el papeleo para tramitar su adopción. "A partir de ahora precioso, seremos inseparables, ¿te apetece venirte conmigo?" le preguntó amistosa mientras acariciaba su barbilla. A tenor de su ronroneo, Emperador estaba encantado.

La casona de regio estilo románico en el que vivía Sofía actuaba como cuartel general de las 3 wiccanas. Era sobria, imponente y algo siniestra, pero allí gozaban de la intimidad y tranquilidad que requerían para celebrar el coven aprovechando la luna de las semillas. Era la tercera luna llena del año y se disponían a preparar el escenario del esbats. El pentáculo o estrella de 5 puntas, que representaba a los 4 elementos (Tierra, Agua, Fuego y Viento) y al Espíritu, esperaba sobre la mesa que oficiaría de altar, junto al athame y al cáliz. Las velas blancas y negras se alternaban a lo largo y ancho de la estancia engalanándola. Un intenso aroma a café y a incienso lo impregnaba todo. Las jóvenes permanecían sentadas en el suelo en un amplio círculo ataviadas con sus mejores galas. En silencio y con los ojos cerrados, meditaban para alcanzar el

estado propiciatorio de la posterior invocación en la que movilizarían la magia gris.

Tal y como dictaba la ley del retorno se cogieron de las manos y bebieron un preparado de fapricia, una legendaria hierba medicinal, y café. Con el pentáculo y el Cernunnos celta, que simbolizaba al Hombre cornudo, colocados en el centro del círculo, Sofía tomó en sus manos unas cerezas de café y las frotó con intensidad durante un rato contra las palmas de sus manos. Fruto del calor generado comenzaron a desprender una sustancia oleosa que la sacerdotisa extendió alrededor de sus manos para después coger el pentáculo. De modo sincopado y simultáneo las 3 wiccanas pronunciaron su oración primigenia de reminiscencias celtas en un tono casi melódico para cerrar el círculo:

"Oscura noche y brillante luna,

este y sur oeste y norte:

Escuchad de las Brujas la Runa,

y que mi alma la magia porte.

Tierra y agua, aire y fuego,

varita pentáculo y espada:

Trabajad en mi ruego,

y escuchad mi llamada.

Velas e incienso, cáliz y cuchillo,

poderes de la daga del brujo:

Levantaos en vida yo os lo pido,

venid y ayudad en mi embrujo.

Reina del Cielo y la Tierra,

Astado cazador de la Oscuridad:

Enviad vuestros poderes a mi reino,

y haced verdad mi voluntad.

Por el poder de la tierra y el mar,

por la fuerza del sol y la luna:

Así es mi deseo, y así hecho será,

cantando de las brujas la runa".

El filtro mágico fue clausurado con una ofrenda a la Diosa Madre. Las 3 jóvenes depositaron sobre el altar tallos de sauce y un ramillete de camelias, magnolias y verbenas para agradecer la ayuda de los elementos invocados, encabezados por la Vieja Bruja.

La oración "Benigna Diosa, tú que eres la reina de los Dioses, la lámpara de la noche, la creadora de todo lo que es salvaje y libre; madre de mujeres y hombres; compañera del Dios carnudo y protectora de toda la Wicca: ¡Desciende, rezo, con tu rayo de poder lunar aquí sobre mi círculo!" puso el broche a aquel aquelarre al que le sucedió una opípara cena.

Sofía se hallaba enfrascada en un nuevo artículo sobre alimentación felina, llevaba más de una hora y apenas había avanzado una docena de líneas. Se sentía algo confusa y aturdida, el sueño de la Diosa Madre revoloteaba en su cabeza distrayéndola. Decidió salir a caminar con el ánimo de despejarse. Sentir la calidez de aquel sol de primavera en su rostro, escuchar el piar de los pájaros y abrazar la serenidad del entorno le ayudaría a ordenar sus ideas. Iba a ir a su vereda favorita, aquel sendero junto al río constituía un rincón muy frecuentado por vecinos que acudían con sus perros para desfogarse y reconectar.

Una vez más, la tarea que se les había atribuido, especialmente a ella, volvía a ocupar su pensamiento por completo. Conforme caminaba y contemplaba el verdor que la rodeaba las ideas comenzaban a fluir y comprendió que serían necesarios 3 conjuros para completar el ciclo, aprovechando los cambios de fase lunar y solar. Solo así lograrían el objetivo último de resetear la mente de los maltratadores y restablecer la convivencia entre hombres y mujeres.

Un gran bullicio interrumpió sus pensamientos, miró a lo lejos y vio una jauría de perros. Corrían enloquecidos y se dirigían hacia ella, una mujer parecía intuirse a lo lejos, hacía aspavientos con los brazos y parecía afanada en ordenarles que pararan sin mucho éxito. Pese a lo arriesgado del momento Sofía se mantenía tranquila, siempre le habían gustado los animales y no temía que la fueran a atacar. Prosiguió su caminar mientras los canes hacían lo propio en su frenética carrera, cuando llegaron a su par la rodearon regalándole todo tipo de galanterías, como si se tratara de

unos cachorros con su madre, la estampa era de lo más entrañable.

Por fin pudo comprobar que la mujer que los increpaba era Jone. "Lo siento cariño, de repente se han vuelto locos y no atendían a razones" exclamó visiblemente nerviosa. Sofía trató de quitarle hierro con un espontáneo: "Tranquila txiki, ya sabes que me encantan los perros tanto como a ti". Para cuando la volvió a mirar ya había reanudado su camino sin darle la ocasión de despedirse de ella. Le resultó extraño su esquivo comportamiento, Jone era una de sus mejores amigas y siempre se mostraba cariñosa con ella.

Como era habitual en la madre de Daniela, no solía pensar mal de las personas y menos si eran apreciadas por ella. Lo achacó a su ajetreado trabajo y se dispuso a regresar a casa. Estaba más tranquila, la actividad física comenzaba a surtir efecto en ella, controlaba la situación tras comprender que con 2 ofrendas más el grueso de la misión estaría completado, aunque no podía evitar sentir cierta incertidumbre sobre el resultado final. Los hombres eran tan testarudos...

Como todos los días Daniela despertó a su madre acudiendo a su encuentro. Le pedía que la subiera a la cama para acurrucarse a su lado mientras tomaba el pecho. Le hubiera gustado dormir algo más. De hecho, comenzaba a sentirse saturada con la lactancia. Sin embargo, aquellos momentos eran preciosos y únicos, en cuestión de segundos estos pensamientos pasaron a ser historia. Abrazó a su hija y besó su cabecita con ternura al tiempo que pronunciaba: "¡cómo te quiero cariño, qué preciosa eres!

Después de desayunar se puso al día con el correo y se percató de la presencia de un nuevo whatsapp en su móvil mientras leía un par de noticias sobre sendos asesinatos, Natalia en A Coruña y Eva en Sevilla teñían de luto el latir de la actualidad. Indignada y conmovida cogió el móvil para leer el mensaje. Era de Hugo, algo que le extrañó y le ruborizó. Le pedía una cita. No sabía cómo tomárselo ni qué responder, no imaginaba que fuera a interesarle a ningún hombre. Sin embargo, suponía que algo de interés había despertado en aquel chico desgarrado y de aspecto desenfadado. "¿Y con quién dejo a mi pequeña?" esta pregunta retumbaba en su cabeza, se sentía culpable, le parecía que la descuidaba relegándola para entregarse a un fin tan superficial.

Su acusado sentido de la responsabilidad no tardó en aflorar una vez más y estuvo a punto de salirse con la suya. Sofía vivía su particular batalla entre el angelito y el demonio. Por un instante se sintió halagada y pensó que no tenían nada que perder. Daniela estaría bien con su abuela, ya que pasaba poco tiempo con ella y esta era la excusa perfecta para limar asperezas.

Eran las 19.00 y debía salir hacia el domicilio de sus padres. Daniela estaba emocionada por ir a ver a la yaya y por ver a su madre tan guapa. Se hallaba en la puerta del pub en el que había quedado con Hugo. Estaba muy nerviosa e incluso, amagó con volverse a casa. Hugo la vio desde el interior y salió a su encuentro. La saludó con un "Hola Sofía, estás espectacular!". Entraron en el local y se sentaron en la barra. La conversación se inició con cierta tensión y trivialidad. Transcurrían los minutos y Sofía se sentía incómoda y aburrida, pero no sabía cómo escapar de allí.

Estaba convencida de que había sido un error aceptar aquel ofrecimiento, estaba claro que no tenían nada en común, sus formas eran vulgares y sus preocupaciones mundanas. Bebió el último sorbo de aquella casi traslúcida cerveza y aunó las fuerzas suficientes para entonar su despedida con un improvisado: "Acabo de recordar que debo marcharme".

Se sintió estúpida al escucharse, ¡qué clase de excusa era esa! pensó para sí. Salió precipitadamente del pub y Hugo la siguió. Ya en la calle, el joven la agarró del brazo con fuerza susurrándole al oído: "no vas a dejarme así guapa". Intentó zafarse de él sin éxito, la obligó a subirse a su coche visiblemente alterado. No dejaba de realizar muecas y conducía a gran velocidad. Sofía estaba aterrada y tuvo el instinto de saltar del coche en marcha, pero no lo hizo.

Sus peores temores se confirmaron, la llevó a un polígono industrial, un lugar apartado del centro y con escasa iluminación, el lugar perfecto para actuar con impunidad pensó. Hugo la miró desafiante y se abalanzó sobre ella. Comenzó a besuquearla y a lamer su cuello a sabiendas de que a ella le causaba repulsión. Disfrutaba con su malestar.

Desabrochó sus jeans y trató de bajárselos pero no lo consiguió, estaban muy ajustados. No le importó, introdujo su mano con cierta dificultad bajo los pantalones con la intención de toquetear su vulva. La joven apretó los dientes y le lanzó un puñetazo a la cara. Sin saber cómo lo logró salió del coche y corrió lo más deprisa que sus poco ejercitadas piernas le permitían. Temía que la persiguiera con el coche, pero no fue así. No dudó en dirigirse a una comisaría de Policía para denunciarlo.

Una mesa repleta de cafés y bollería acompañaba a las 3 jóvenes. Habían quedado para una de sus habituales reuniones de chicas. La sacerdotisa necesitaba expresar su rabia e indignación por lo vivido en los últimos días. Conocía de primera mano la violencia, de toda intensidad, que proliferaba contra la mujer, pero más que su experiencia individual aquello le preocupaba por su dimensión sistémica. Las mujeres como colectivo estaban en peligro. Resultaba acuciante intervenir y, para tal fin, la magia wicca tenía mucho que ofrecer, representaba una garantía de calidad para resolver aquella guerra de sexos de un modo ejemplarizante

y pacífico.

Al testimonio de Sofía le siguió un acalorado debate plagado de vivencias similares, todas ellas atesoraban malos recuerdos o desavenencias que en contextos dispares compartían el menosprecio a la voluntad y dignidad de la mujer. "Chicas, podríamos hacernos llamar "Las cerezas del café, La Liga Rehabilitadora". Nos encanta el café, sus cerezas son habituales en nuestros covens y vamos al acecho de los malhechores. ¿Qué os parece?" comentó jocosa Masha. Pese a tratarse de una espontánea ocurrencia a todas les pareció acertada y, de facto, constituyó un nuevo estímulo para aunar fuerzas en sus sucesivos aquelarres. Aquel sonoro brindis por "Las cerezas del café" marcó un punto de inflexión en su trayectoria como wiccanas.

Llegó el momento que tanto esperaban, debían aprovechar el paso de la luna por el dios Dis para celebrar el sabbat de la purificación o fiesta de las luces. La festividad de Imbolc aseguraba las condiciones propicias para afianzar el propósito de limpiar la mente de los varones. Para ello, se reunieron al atardecer y solo después de la puesta de sol encendieron 21 velas anaranjadas, dispuestas en un círculo protector que rodeaba a las wiccanas. Estas vestían de blanco y amarillo. La canela y el romero aromatizaban, como correspondía, las estancias de la casona de la sacerdotisa. Esta les dio de beber vino, tras degustarlo lo escupieron y se cogieron de la mano.

Sofía tomó una vela en una mano y la estrella de 5 puntas en la otra, miró fijamente a la llama y pronunció la oración que decía: "Antiguo Dios de las profundidades del bosque, maestro de la bestia y el Sol; aquí, donde el mundo es silenciado y duerme, ahora que el día está hecho. Te llamo en la forma antigua aquí en mi círculo, pidiendo que me escuches rezar y envíes tu fuerza solar".

Masha y Jone permanecían con los ojos cerrados, concentradas y emocionadas por lo excepcional de aquel trance. Visualizaban en su mente, con completa nitidez, que los hombres eran reducidos por las féminas, sometidos a un proceso de hibernación en constante rememoración de la agresión cometida hasta que interiorizaran lo erróneo de su conducta.

Resultaba una tarea fatigante para la que debían permanecer unidas, de su equitativa contribución dependería la consecución de su encomiable meta. Comieron pan de Yule y levantaron los brazos en señal de agradecimiento a la Diosa Madre por cuidar de ellas dando por concluido el ritual.

La noche de San Juan representaba otro de los hitos en los aquelarres wiccanos, ya que simbolizaba el renacimiento. Precisamente, eso era lo que pretendían con el último de los conjuros: propiciar el advenimiento

del macho renovado, sin pensamientos prejuiciosos y caprichosos hacia el sexo contrario.

Jone había reservado varios mechones de Emperador para la ocasión, Sofía y Masha habían hecho acopio de hojas secas de ciprés, sándalo y enebro. Un generoso puñado de cerezas de café y litros de café eran los protagonistas del altar en aquella celebración en honor a Mabón. Todas vestían de marrón y las velas, en esta ocasión, eran negras. La sacerdotisa las invitó a rezar para, acto seguido, proceder a esparcir las hojas entonando:

"Las hojas caen, los días se enfrían

La Diosa tira su manto de tierra, alrededor de ella,

Mientras tú, Oh gran Dios del sol navegas hacia el Oeste,

A las tierras del descanso eterno

Envuelto en la frescura de la noche

Las frutas maduran, las semillas caen,

Las horas del día y la noche están equilibradas.

Vientos fríos soplan desde el Norte gimiente.

En esta aparente extinción del poder de la naturaleza,

Oh bendita Diosa, sé que la vida continúa.

Porque la primera es imposible sin la segunda cosecha, A

Al igual que la vida es imposible sin la muerte.

Bendiciones sobre ti, Oh Dios caído mientras viajas

A las tierras del invierno y a los amorosos brazos de la Diosa".

Estaban a punto de comenzar a comer el pan de maíz y las frutas cuando Jone soltó la vela que sostenía y abandonó el coven sin aparente causa justificada. Masha y Sofía se miraron desconcertadas. El primer instinto de la sacerdotisa fue salir a su encuentro, pero debían proseguir para clausurar aquel ritual, de lo contrario todo el esfuerzo dedicado hasta ese momento podría verse desbaratado. Tomó el cáliz que la representaba como oficiante, lo posó sobre el altar e invocó a Mabón. De pronto todas

las velas se apagaron de un plumazo, no era un buen augurio.

Sofía no se había visto nunca antes en una situación similar, con las manos algo temblorosas decidió reanudar la ofrenda. Volvió a pronunciar la oración y a esparcir las hojas secas al tiempo que visualizaba en su mente a su violador paralizado e inerte. Un halo blanco se hizo visible en la sala, simulaba la figura de una doncella de cabellos largos y vestido blanco, asentía con la cabeza y sonreía mientras las miraba.

La sacerdotisa la reconoció enseguida, era la misma hermosa mujer que se le apareció en sueños. No había duda de que el hechizo parecía estar funcionando, ya que contaban con el beneplácito de la Diosa Madre, su máxima autoridad y referente. En cuanto se hubo desvanecido la imagen las jóvenes se fundieron en un espontáneo abrazo, estaban eufóricas. No podían reprimirlo.

Era temprano, la madre de Daniela no podía dormir. La pequeña llevaba días con pesadillas y llamaba a su madre con insistencia, presa del miedo. Tras un prolongado abrazo le contó entre gimoteos que en los sueños se veía inmersa en lugares desconocidos, rodeada de extrañas criaturas que le causaban terror. No comprendía nada y quería que cesaran ya las pesadillas. Sin embargo, no era así.

Después de dejarla en el colegio se acercó a la tienda de Rosalía, su instinto le decía que lo que le sucedía a su hija no eran meras pesadillas pasajeras. Sabía que aquella anciana podría darle otra lectura de gran interés.

Tocó la puerta y nadie salió a su encuentro, esperó varios segundos y volvió a llamar pero la puerta seguía cerrada. Intentó abrirla y, para su asombro, descubrió que estaba abierta. Ya dentro parecía intuir la voz de Rosalía en una conversación con otra mujer, la voz le resultaba conocida pero no caía en la cuenta.

En silencio se acercó a la puerta y se asomó al marco. Vio que se trataba de Jone. Se quedó paralizada, ¿de qué hablaban? Parecía un rito por lo repetitivo de sus interlocuciones. Permaneció junto a la puerta sin pestañear, quería escuchar más sin ser descubierta.

Ambas estaban invocando al dios Ascaroth, rey de la oscuridad y la maldad. El Cernnunos celta presidía el altar compuesto por velas negras, un pene humano y violas también negras. Aquello la desconcertó por completo, no tenía sentido. Un filtro de magia negra podría resultar nefasto para su empresa al anular el equilibrio de fuerzas que perseguía la magia wiccana. Debía hacer algo, pero la sorpresa la sobrepasaba, Jone la había traicionado.

Regresó a casa y abrazó a Tatxin. Reclamaba su tacto sedoso y su buena energía para pacificar su interior. Sentada en el sofá con él sobre su regazo no podía entender cómo había llegado a presenciar aquella barbaridad en la tienda de Rosalía. Le llevó varias horas digerirlo y salir de su asombro. Era la hora de recoger a Daniela del colegio.

Esta vez la reunión semanal del Oráculo del brujo tuvo lugar con la única presencia de la sacerdotisa y Jone. Ambas acudieron vestidas de negro, para expresar su estado de ánimo y sus funestas pretensiones vitales respectivamente. "Como imaginarás, mis creencias y mi posición jerárquica me obligan a expulsarte de nuestra ciencia". Apenas le dio tiempo de pronunciar esta frase cuando Jone le interrumpió: "¿sabes que también se lo propuse a Masha y que estuvo a punto de unirse a mi causa? Si no fuera porque está locamente enamorada de ti, tus tibios esfuerzos se habrían visto truncados para siempre. Nosotras lograremos vengar a las mujeres asesinadas. La magia negra es la verdadera puerta al más allá".

Sola y decepcionada decidió visitar a Masha para confirmar las palabras de Jone. Necesita conocer su punto de vista, se resistía a tomarlas como veraces. Eran realmente buenas amigas, más aún, eran cómplices, casi hermanas. De hecho, la animalista era la madrina de su pequeña.

Era el cumpleaños de Daniela. Su pequeña era ya una princesita de 5 años. Su madre madrugó para que al despertar lo encontrara todo adornado con guirnaldas, banderines y globos de sus colores favoritos. La casa estaba preciosa y Daniela emocionada. No se esperaba desayunar tarta o que su abuela fuera a venir a verla, ni siquiera era consciente de que era su cumpleaños.

Sofía había olvidado sus viejas rencillas con su progenitora para hacer de aquel día un recuerdo feliz para su hija. La fiesta tendría lugar por la tarde.

Se había quedado dormida después de comer y se le estaba haciendo tarde. Debía salir a recoger la tarta, la abuela estaba a punto de llegar. El reencuentro fue contenido y algo fingido. Ya de vuelta de la pastelería decidió tomar un atajo para ahorrar tiempo, pero no fue una buena idea.

Desde que salió del establecimiento un grupo de chicos la estaba observando, cuando Sofía se hubo aproximado a su coche la rodearon obligándola a meterse en él. Aquel enjambre no le permitió resistirse. Sentada junto al piloto, uno de ellos le sujetaba los brazos inmovilizándola. La llevaron a la vieja fábrica de Roca, a las afueras de la ciudad, llevaba décadas abandonada y, probablemente por ello, era un punto habitual de encuentro de drogadictos y prostitutas.

Su llanto alimentaba la fanfarronería y brutalidad de aquella violación masiva. Actuaban como hienas que debían saciar su instinto de dominación. La fiesta se prolongó por varias horas. Uno de ellos trajo unas cervezas para tomar fuerzas y proseguir con la juerga. La sacerdotisa yacía noqueada en el suelo. Uno de los violadores le reprochó su pasividad y le asestó enojado una patada en la cabeza. El más corpulento de ellos, ávido de diversión, comenzó a saltar sobre la joven. Sofía murió aquella tarde mientras Daniela jugaba despreocupada con Tatxin.